

gunos meses del año en esta vivienda, y cuando se marcha deja dicho á uno ó dos criados los puntos en que probablemente podrán encontrarle, para que le dirijan los asuntos que haya que despachar. Esta casa, que además de ser mansion del prelado es un lugar de hospitalidad para los cristianos de las diversas provincias, ocasiona gastos exorbitantes. Si estos cristianos tuviesen algunas comodidades, claro está que ellos tendrían que satisfacer esos gastos; pero por lo general casi todos son pobres. La maldición que la Escritura pronuncia contra los ricos se verifica en la China mas que en ninguna otra parte llegando á su colmo la avaricia y el amor al dinero. Es preciso que el corto subsidio que los misioneros perciben del seminario supla á todo. Verdaderamente que no puede decirse que emplean sus rentas en comodidades de la vida, ni en lujo: por lo general viven como la infima clase del pueblo; su alimento diario es arroz y yerbas, alguna vez comen tocino y aves, pero es cuando se lo dan; y beben vino de arroz cuando le hay: esto es lo bastante y aun las veces con ello los misioneros se crean nadar en la abundancia. Sus vestidos son como los del chino mas humilde, y como es de presumir no se hallan muy embarazados con su excesivo número. La cama del obispo de Agathópolis consistia en una colcha y una esterabaja de la cual solian poner un jergon; de manera que, cargando este lecho y todo el equipage de invierno y verano en los hombros de un ganapan cualquiera, este podia caminar á la ligera y andar sin dificultad ochenta leguas con el obispo. Escusado es decir que los misioneros no son mas ricos, ni están mejor aposentados que los obispos, y que unos y otros, no siendo en caso de enfermedad, viajan á pie.

Aun hay otros muchos objetos particulares que ocasionan gastos; objetos que por cierto son bien dignos del celo y caridad de las personas que se interesan por la obra de las misiones.

Uno de los principales es la salvacion de

los niños de los gentiles. Aunque no sea permitido bautizarlos indiferentemente, los misioneros deben contribuir á la salvacion de los moribundos, para lo cual es preciso buscarlos. Con este objeto envian por todas partes cristianos leales, con algunas nociones de medicina, para buscarlos y administrarles el bautismo con el pretexto de propinarles remedios. Hay hasta mugeres piadosas que se introducen en las casas, particularmente de los pobres, fingiéndose médicos que ejercen su profesion gratis, como algunos paganos lo hacen por ostentacion, y dando el bautismo segun las exigencias del caso. A esta especie de médicos es preciso facilitarles remedios, cuya virtud y usos les sean conocidos, y darles al mismo tiempo medios con que vivir. Habiéndose llevado adelante esta buena obra con mucho mas celo de resultas de una grande hambre y de la peste que vino en pos de ella, se contaron mas de cien mil niños de infieles bautizados en tres años. La mision tuvo que hacer para ello grandes sacrificios, porque esta era una obra tan interesante como urgente.

Otro objeto es el cuidado que se debe tener de los confesores que sufren la persecucion y se hallan encarcelados por la fé. Cuando una familia es acusada de cristiana, el mandarin envia al momento una turba de satélites desenfrenados á encadenar á los acusados y conducirlos al pretorio. Estos esbirros, con pretexto de registrar la casa para encontrar efectos de Religion, roban cuanto les viene á mano: dinero, arroz, vestidos, todo queda á su disposicion. En seguida conducen á los acusados al pretorio, en donde tienen que esperar diez ó veinte dias antes de comparecer en presencia del mandarin. En este intermedio los cristianos permanecen atados en unas hospederias lindantes con el pretorio, y los soldados hacen el gasto que les da la gana á cuenta de los presos. Cuando los cristianos han sufrido el interrogatorio y se han empleado contra ellos toda clase de tor-

mentos, se les impone generalmente la *canga*, que viene á ser una tabla ancha que, ajustándose al cuello, no les deja hacer uso de sus manos para comer ni para beber, lo cual les obliga á tomar alguno á su servicio para que les dé de comer. En China hay la costumbre de que los presos se alimenten á sus espensas, y si no pueden hacerlo, ni tienen alguna persona que les sostenga, los tribunales los ven morir de hambre con la mayor indiferencia. Sucede frecuentemente que la persecucion recae en pobres, que no tienen mas recurso que su trabajo, quedando por lo tanto ellos y sus familias en el abandono mas absoluto, por lo cual es necesario proveer á su subsistencia con tanto mas celo, cuanto mayor es la tentacion que tienen que sufrir en medio de sus trabajos por temor de carecer del alimento necesario ellos ó sus familias. En tales casos suele imponerse una cuota á todos los cristianos de la poblacion, teniendo que ser los misioneros los primeros en dar ejemplo; pero tambien sucede, especialmente cuando los perseguidos son muchos, que, si ellos no, al menos sus familias se ven acosadas del hambre. No es tampoco raro que los cristianos sean condenados á destierro, y aunque esta clase de desterrados pobres es menos penosa en aquel pais que en ninguna otra parte, porque generalmente es el público quien se encarga de su alimento, sin embargo es preciso que le pidan, y vivan como una especie de mendigos, llevando continuamente sobre sí las señales públicas de su destierro, lo cual es una vida durisima y humillante para unos hombres honrados, por cuyo motivo hay que pensar tambien en hacer menos penosa su existencia y en disminuir la ignominia de su destierro.

Otro objeto, que ofrece vasto campo á la caridad, es el cuidar de las hijas de los pobres, para no dar lugar á que se enlazen con paganos. En China acostumbran las familias contraer alianzas, desposando desde la edad mas tierna á los niños. Estos pretendidos des-

posorios no pueden ya disolverse, y la autoridad civil los sostiene con mucha obstinacion. Acostúmbrase tambien hacer vivir desde la infancia á las desposadas en casa de las familias aliadas, viviendo bajo el mismo techo que su futuro, y siendo educadas y alimentadas lo mismo que él hasta llegar á la edad nubil. La indigencia es causa de que algunas veces los cristianos, no hallando familias de su Religion con quien puedan unirse, contraen alianza con los paganos. En tales circunstancias es segura la perdicion de la jóven; pues siendo educada por los infieles, y viviendo entre ellos, al fin profana el bautismo adorando los ídolos y entregándose ella y sus descendientes á toda clase de supersticiones. Una caridad bien ordenada podria impedir tan grandes males. Las simples exhortaciones producen generalmente muy poco efecto si no van acompañadas de limosnas, cuando se trata de personas que están en la indigencia; pero ¿cómo es posible que los misioneros puedan hacerlas, si ellos mismos no las reciben por otra parte?

Hay además otro objeto que hace gastar considerables sumas á los misioneros, y es la necesidad que tienen de sostener y multiplicar sus oratorios ó capillas. La China está infestada de bandidos bien armados que se apoderan de cuanto encuentran, y mas de una capilla de misioneros ha caído en sus manos. Además de este peligro, un misionero tiene que pasar por las aduanas, donde registran todo cuanto lleva para ver si hay efectos robados ó lleva armas. Si en este caso apareciese una capilla, causaria terribles prevenciones á los aduaneros, por lo cual se disimula diciendo que son trajes extranjeros y libros escritos en caracteres extranjeros. Mas de una vez ha habido misioneros que en tales peligros solo han podido salvarse de sus manos por milagro. A fin de disminuir estos peligros hay que multiplicar las capillas, colocándolas á distancias convenientes en las diversas cristiandades; de modo

que el misionero tenga que llevarlas consigo lo menos posible. Por lo demás, los enseres del altar son los estrictamente necesarios, un cáliz de plata con el pie de cobre, ó en su defecto un cáliz de estaño, un alba, un ámito, un cíngulo, un ara, dos sabanillas que una se dobla en dos mitades, un frontal de tela de los cuatro colores y el resto del ornamento de la misma tela, forrado de negro para la misa de difuntos, con la bolsa y todo lo que debe contener, y por último, un pequeño ritual y un pequeño misal en 12.º El misionero lleva sobre su persona una custodia ó pequeño copon en caso de necesidad con la caja de los santos óleos. Estos dos objetos nunca son duplicados.

Tales son las principales necesidades que afectan á las misiones y el uso que se hace de las limosnas que los fieles les dispensan.

Pero dejemos la China para hablar del establecimiento del cristianismo en el reino de Corea.

La nueva iglesia de Corea debe su origen á la conversion del hijo de un embajador del rey de Corea llamado Ly, que pasó á Pekin en 1784. Su grande afición á las matemáticas le hizo dirigirse á los europeos pidiéndoles libros é instrucción. Los misioneros se aprovecharon de esta ocasion para darle al mismo tiempo libros de religion. Obrando la gracia sobre el corazon del jóven Ly, le causaron una viva impresion las conversaciones que tuvo con los misioneros, de manera que se convirtió á la fé y fué bautizado con el nombre de Pedro. Al regresar aquel mismo año á su patria el nuevo discípulo de Cristo, comunicó á sus parientes y amigos los principios de la verdadera fé, y les distribuyó los libros que le habian dado. Esta lectura y las vivas predicaciones del neófito atrajeron prontamente á muchos naturales de Corea al conocimiento del verdadero Dios, y en muy poco tiempo gran número de ellos creyeron en Jesucristo. Algunos de los nuevos convertidos llegaron á

ser aun mas sábios y mas ardientes y celosos predicadores y promotores del cristianismo que el mismo Pedro Ly. Este bautizó á muchos, y los nuevos cristianos que él estableció como catequistas dieron las aguas bautismales á muchos mas: de modo que en el espacio de cinco años llegó á cerca de cuatro mil el número de los fieles.

La propagacion de la nueva creencia no pudo estar oculta mucho tiempo á los ministros del rey de Corea. Muchos, tanto de la nobleza como del pueblo, la predicaban con la misma sinceridad que la habian abrazado, y Dios daba eficacia á sus palabras. El gobernador de la ciudad, donde residia el rey, mandó arrestar en 1788 á Tomás King, celoso cristiano, por enseñar una Religion y doctrina extranjeras, á las cuales trataba de atraer á sus conciudadanos. Al saber esta noticia se presentaron muchos neófitos ante el gobernador, declarando ser cristianos y predicadores. Admirado de su número el gobernador, y no sabiendo por otra parte las intenciones del rey por lo tocante á los sectarios de aquella nueva Religion, no se atrevió á tomar ningun partido; y enviando á cada cual á sus casas, condenó á destierro únicamente á Tomás King, como perturbador de la tranquilidad pública y propagador de doctrinas extranjeras. Este predicador de Jesucristo murió gloriosamente aquel mismo año en su destierro; mas no por esto se desalentaron los demas cristianos, antes por el contrario, anunciaron el cristianismo con muy buen resultado, tanto en la capital como en las provincias. Conducian á la presencia de Pedro Ly y de otros catequistas á los que juzgaban dignos de la gracia del bautismo. Sin embargo, como habia en la Religion muchas cosas que no podian comprender, y otras que les parecia imposible el practicar, determinaron pedir á la iglesia de Pekin instrucciones y medios para mantener y propagar en aquel reino la fé.

En 1790 pasó Pablo Yn á Pekin en com-

pañía de unos embajadores de Corea. Despues de haber presentado al obispo de Pekin, señor De Govea, las instrucciones que traia, añadiendo de palabra lo que creyó conveniente, conoció aquel prelado que entre los nuevos cristianos habia ignorancia, aun por lo tocante á los puntos mas esenciales: trazóles, pues, el cuadro de lo que debian creer y practicar para poder ser llamados verdaderos cristianos. Pablo Yn, despues de haber recibido los sacramentos de la confirmacion y eucaristia, partió lleno de gozo con una carta pastoral escrita en tela de seda, para que tuviese mas facilidad de ocultarla. Al llegar á su pais habló de las iglesias que habia visto en Pekin, de los misioneros europeos, que desde los mas remotos limites de la tierra habian venido para propagar el Evangelio, de las conversaciones que habia tenido con ellos, de los sacramentos que habia recibido, etc. Inflamados de nuevo amor los neófitos de Corea depusieron todo temor y despreciaron todos los peligros. Resolvieron unánimemente pedir misioneros, y enviaron en el mismo año de 1790, para que se presentasen al señor Govea, al ya citado Pablo Yn y á un catecúmeno llamado U, oficial del rey de Corea, el cual fué bautizado en Pekin y recibió el nombre de Juan Bautista. Entregáronle un cáliz, un misal, una ára, ornamentos y las demas cosas necesarias para la celebracion del santo sacrificio de la misa, enseñándole al mismo tiempo á esprimir las uvas y hacer vino, á fin de que todo estuviera dispuesto á la llegada del misionero.

Juan A, sacerdote secular de Macao, nombrado misionero de Corea por el obispo de Pekin, salió para su destino en febrero de 1791. Despues de veinte dias de marcha, llegó al punto convenido y permaneció diez dias, esperando que se presentaran cristianos de Corea, que el misionero y sus conductores chinos debian reconocer en ciertos signos en que habian convenido; pero nadie se presentó: el misionero volvió, pues, á Pekin, y al año

siguiente (1792) empezaron á circular sinietros rumores acerca de la cristiandad de aquel pais. No hubo medio de saber nada de positivo, hasta que á fines del 1793 llegaron á Pekin Sabbas Chi, cristiano, y Juan Po, catecúmeno, con cartas de la iglesia de Corea. En ellas daban los cristianos cuenta de la cruel persecucion suscitada en 1791 y 92 que les habia imposibilitado de salir á recibir al misionero.

La causa de esta persecucion fué la siguiente. Dos hermanos, Pablo Yn y Santiago Kuan, no quisieron hacer á su madre, que era cristiana, los funerales segun las ceremonias del paganismo. Ellos pertenecian á una familia noble, de una piedad ejemplar y celo ardiente como lo demostró su madre, que al morir les encomendó eficazmente que de ningun modo permitieran que en sus funerales se practicasen ceremonias idolátricas y supersticiosas. Los hijos, segun la costumbre de aquel pais, al morir sus padres deben mandar labrar unas ciertas tablillas ó tarjetones con los nombres de los difuntos, las cuales se colocan y guardan muy religiosamente en un lugar llamado templo de los antepasados. Allí tienen que acudir en ciertas épocas del año los descendientes á quemar aromas, ofrecer manjares preparados y cumplir otras muchas ceremonias supersticiosas. La iglesia de Corea habia preguntado entre otras cosas si era lícito el uso de estos tarjetones y las ceremonias que los acompañaban. El obispo de Pekin, con arreglo á las decisiones de la Santa Sede, en la bula de Benedicto XIV *Ex quo*, y en la de Clemente XI, *Ex illa die*, contestó que no era lícito. Esta contestacion fué una piedra de escándalo para muchos nobles de Corea, los cuales prefirieron renunciar á una Religion, cuya verdad habian reconocido, antes que á las malas costumbres de su pais. Pablo Yn y Santiago Kuan, por el contrario, mandaron quemar los tarjetones que tenian en su casa. Habiendo los convidados á los funerales de su

madre, que casi todos eran paganos, echado de menos los dichos tarjetones, se pusieron furiosos y prorumpieron en invectivas contra la Religion cristiana y contra los dos neófitos, y como parientes y aliados que eran de la difunta, exigieron con amenazas que presentaran los tarjetones, creyendo que los tenían ocultos, y los pusieran en el lugar correspondiente. Los dos hermanos permanecieron serenos: «Somos cristianos, les dijeron francamente, nuestra madre lo era tambien, y no podemos mezclar el culto del verdadero Dios con el impropriamente llamado religioso que la supersticion tributa á los muertos en nuestro pais. Además, obrando asi, cumplimos con la última voluntad de nuestra madre, que nos manifestó no querer que en sus exequias se hiciese ceremonia alguna supersticiosa y contraria á la ley de Dios. No penseis que los tarjetones están ocultos; los tarjetones no existen, pues los hemos mandado arrojar al fuego. Dispuestos nos hallamos á sufrir toda clase de tormentos y la muerte, antes que violar la ley de Dios, practicando esas ceremonias reprobadas por ella.» Estas palabras que Pablo Yn, considerado entre los suyos como un célebre doctor, pronunció con vehemencia, acabaron de enfurecer á sus parientes, los cuales se presentaron al gobernador de la ciudad, acusando á los dos hermanos como culpables de ultraje á la piedad filial y sectarios de una Religion extranjera.

Interrogados los dos hermanos por el gobernador, confesaron á Jesucristo con noble sinceridad. Pablo Yn demostró la verdad de su Religion, no negó haber mandado quemar los tarjetones, y probó la inutilidad é injusticia del supersticioso culto tributado á los muertos. El gobernador, enemigo de la familia de Pablo Yn, se aprovechó de esta ocasion para perseguirla. Dió parte á los ministros, abultando el peligro que á su parecer corrían el monarca y el reino con la nueva Religion, acusándola de apartar á los hombres del culto

á los espíritus protectores del pais, de la veneracion á los antepasados y de la obediencia á las leyes del Estado. El rey, naturalmente inclinado á la paz, se llenó de temor y nombró á uno de los magnates del reino inquisidor contra los partidarios de la Religion cristiana.

Este, para cumplir con las funciones de su empleo, escitó una persecucion general. Mandó á todos los gobernadores de las ciudades encarcelasen á cuantos cristianos descubrieran, y no les pusiesen en libertad sino despues de haberles hecho renunciar de palabra y por escrito á su Religion. Presentáronle los dos hermanos cargados de cadenas para que sufrieran su sentencia. Hizoles varias preguntas, á las cuales respondieron: «Nosotros profesamos la Religion cristiana porque hemos conocido que es la verdadera; hemos arrojado á las llamas los tarjetones de nuestros antepasados, porque su uso lo consideramos como una cosa inútil y execrable á los ojos de Dios; queremos vivir y morir cristianos segun la voluntad de Dios. Por lo demás, nos hallamos dispuestos á obedecer al rey y á las leyes del Estado en todo cuanto no sea contrario á la ley del Señor.» Esta respuesta, corta, pero enérgica, disgustó al inquisidor: en su consecuencia mandó que se diera tormento á los dos acusados hasta que renunciaran á Jesucristo. Pero estos dos atletas, lejos de hacerlo asi, redoblaron su ardiente fé en medio del rigor de los tormentos. Viendo que estos no quebrantaban su alma generosa, el tirano pensó ablandarlos por medio de caricias, hasta que al fin conociendo que todo su frenético despecho se estrellaba contra la heroica constancia de los confesores, dictó contra ellos la sentencia de muerte como partidarios de una Religion extranjera, violadores de la de su pais, y culpables de impiedad para con sus antepasados. Segun costumbre del pais la sentencia fué presentada al rey para que la confirmase; y el rey, conociendo el talento y be-

llas cualidades de Pablo Yn, y recordando el afecto que profesaba á su familia, no pudo menos de afligirse: envió, pues, á la prision varias personas para que exhortasen á los dos hermanos á renunciar el cristianismo, sujetándose á las ceremonias fúnebres debidas á su madre y antepasados, con la autorizacion, si asi lo hacian, de indultarles de la pena de muerte. Todo fué inútil; y el rey, indignado por esta resistencia, confirmó la sentencia. Al momento fueron aquellos generosos confesores trasportados desde su prision al lugar del suplicio, seguidos de una inmensa turba de idólatras y de cristianos. Santiago Kuan, casi exánime ya por el rigor de los tormentos que le habian aplicado, apenas tenia fuerzas mas que para pronunciar á cada paso los sagrados nombres de Jesus y María; pero su hermano Pablo Yn marchaba con tanta alegría al lugar del suplicio como si fuera á un celestial banquete, y era tanta la dignidad y conviccion con que anunciaba á Jesucristo, que hasta los mismos paganos le escuchaban llenos de admiracion. Al llegar al lugar del suplicio, les preguntaron otra vez si querían tributar culto á sus antepasados y renunciar la Religion extranjera, y oida su negativa, el oficial que presidia la egecucion mandó á Pablo Yn leer la sentencia de muerte confirmada por el rey, escrita segun costumbre del pais en una plancha. Pablo Yn la leyó en alta voz revelando en su acento el santo gozo que rebosaba en su pecho, y despues de haberla leído inclinó su cabeza sobre el tajo, pronunció repetidas veces los santos nombres de Jesus y María, y con heroica serenidad hizo señal al verdugo de que podia cumplir su deber. El egecutor le cortó la cabeza, y en seguida hizo lo mismo con Santiago Kuan, que aunque medio muerto pronunciaba los mismos nombres con gran devocion. Este triunfo ocurrió el dia 7 de diciembre de 1794. Pablo Yn tenía treinta y tres años y su hermano Santiago cuarenta y uno.

El rey se habia arrepentido de haber confirmado su sentencia de muerte, y espidió orden de que solamente fuesen desterrados; pero ya era tarde: cuando llegó la orden ya estaba egecutada la sentencia. Los cuerpos de los mártires permanecieron nueve dias sin sepultura: y para intimidar á los cristianos habian rodeado de centinelas el lugar de la egecucion. Al llegar al noveno dia los parientes, que habian alcanzado una Real orden para poder darle sepultura, y los amigos que habian acudido al mismo sitio para asistir á sus funerales, se llenaron de asombro al ver los dos cadáveres sin la menor señal de corrupcion, con el color natural, y tan flexibles como si acabaran de ser decapitados. La admiracion subió de todo punto cuando sobre el tajo en que se habia egecutado la sentencia y sobre la plancha en que esta habia sido escrita, se vieron gotas de sangre tan fresca y reciente como si hubiese sido derramada un momento antes. Estas circunstancias produjeron tanto mayor asombro, cuanto que en el mes de diciembre era tan intenso el frio, que todos los líquidos y fluidos, segun espresion de los habitantes del pais, se helaban en los mismos vasos. Entonces los mismos paganos, llenos de asombro, levantaron el grito contra la inhumanidad de los jueces y proclamaron la inocencia de los dos hermanos, y hubo no pocos que en vista de tal maravilla, que examinaron con la mayor atencion, se convirtieron á la fé. Los fieles en su admiracion glorificaban y bendecian á Dios. La sangre de estos dos mártires fué una fecunda semilla del cristianismo en aquellas regiones.

Despues de tan notable ejemplo de firmeza, el gran inquisidor mandó que se emplearan contra los fieles mas bien las exhortaciones y amenazas que los tormentos y la pena de muerte. «Es muy cierto, decia, que los cristianos apetecen morir por su Religion, en la cual les tributan luego gloria y honor como á unos santos. Léese en sus libros, que cuan-